

El harén de Oviedo*, de Marta Rojas

Mirta Yáñez
Profesora de Literatura
Poeta y narradora
La Habana

A finales del siglo pasado se cerró una etapa, aunque todavía no estemos en condiciones de verlo y se siga dando vueltas sobre lo mismo. En el mundo exterior, excepto para dos o tres trasnochados editores u oportunistas catedráticos, ya se ha agotado el gusto por la literatura de maltrecho lenguaje y aún más maltratados temas sobre el sector procaz de nuestra realidad.

A veces los profesores insistimos, por necesidad didáctica, en generalizaciones que aspiran a establecer tendencias. Pero algunas burdas generalizaciones sobre la narrativa de los noventa han ido creando un equívoco, un sobredimensionamiento. Dudo mucho que la mayoría de los textos narrativos publicados durante esa década confusa y atrabiliaria permanezcan en las historias de nuestra literatura. No creo que haya sido, en general, culpa de los autores. Quiero momentáneamente responsabilizar a las demandas del mercado que solicitaban un tipo de escritura vendible en el exterior; quiero también culpar a una crítica superficial que, sin jerarquía de valores nítidos, se apoyaba en esta etapa para concurrir con ponencias a cuanto congreso se convoca por esos mundos. Hubo desorien-

tación, euforia poco sustentada ante textos medianos, silencios ante líneas creativas originales.

Cuando pase algún tiempo podremos ver con más claridad que en los noventa imperó, por una parte una narrativa que quiero llamar “callejera”, apuntando al falso éxito y a la moda, a los facilismos de mostrar de la manera más grotesca y soez posible la sordidez de ciertas áreas de nuestro mundo real, y por otra, una narrativa supuestamente de “experimentación”.

Por fortuna, durante esos años, la narrativa aprovechó el desbarajuste para abrirse a una variedad estilística y temática (aunque generalmente lo más novedoso no ha sido tomado en cuenta ni por la crítica, ni por algunos de los jurados, ni por el “consenso” de pasillo).

Autores hay que no se han dejado deslumbrar por los cantos de sirena de “representantes” ni “buscadores de talento” y han resistido el embate siguiendo su íntima voz interior, sin ceder, algunos escribiendo obras excelentes, otros rumiando hasta volver a encontrar el rumbo.

En estos primeros años ya se ha notado un giro saludable hacia aquello que Redonet anunciaba: reflexionar sobre la dimensión

*La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2003.

humana. La última novela de Leonardo Padura,

La novela de mi vida, clava una buena pica en la intención de integrar lo histórico y lo contemporáneo, sin renunciar a ninguno. Los cuentos de Esther Díaz Llanillo recuperan la zona intrigante de lo fantástico que tanto brillo ha dado en el pasado a nuestras letras en el pasado. Un texto todavía inédito de Yamil Montaña insiste en el reflejo del mundo marginal, pero tampoco desdeña el cuidado del lenguaje y la búsqueda de originalidad. El *harén de Oviedo* de Marta Rojas narra con copioso lenguaje una circunstancia del pasado y organiza un mundo donde el lector termina por involucrarse emotivamente. Por solo poner unos pocos ejemplos del aire de cambio que se siente ya en nuestra narrativa y que deja atrás definitivamente las manipulaciones y falsos conceptos sobre la mal calibrada “narrativa de los noventa”.

El interés por la novela histórica se ha puesto otra vez en boga. La posmodernidad rejuvenece este tradicional gusto por la introducción de lo histórico concreto en la ficción al tomar como sujetos a héroes de la cultura popular como Eva Perón o a escritores como Virginia Woolf. En Cuba, durante todas las épocas, la novela de tendencia histórica, en sus diversas variedades, ha estado presente. Recientemente, los mejores ejemplos han sido Reinaldo González con *Al cielo sometidos* y Mayra Montero con *Como un mensajero tuyo*, con su historia sobre Caruso en La Habana.

Marta Rojas ha ido pacientemente conformando una trilogía que ella prefiere llamar “novelas de época”. Las dos primeras aparecen en los noventa como “bichos

raros”, entre tanto libro tópico con “sexo, mentiras y argumentos de película de sábado”. *El columpio*, de Rey Spencer (primera edición en Chile por Cuarto Propio, en 1993 y luego en Cuba en 1996), usa distintos artilugios como cartas, diarios, canciones, informes de navegación para dar densidad y verosimilitud a la mezcla de personajes históricos y de ficción.

Profusión de datos y conocimiento interiorizado de lo que narra crean un hilo invisible que se lanza hacia nuestra contemporaneidad. Y ojo con el título, esa coma que a veces queda invisible y que posmodernamente enmascara la narración de la historia en un “otro”.

Le sigue *Santa lujuria*¹ (publicada en 1998 y en el 2000). Libro agotado a la venta. Ya se sabe que el interés del lector por comprar no es el único medidor. Pero, por favor, dejemos a un lado el snobismo aristocrático de tan baja estirpe como el populacherismo: que el lector cubano se interese por un libro y decline otros, es un elemento a tomar en cuenta. Al menos, los escritores que se llenan de polvo en los anaqueles debieran detenerse a meditar sobre el asunto. Y los editores también, claro. Literatura es comunicación, es transferencia de sentimientos, es revelación de emociones compartidas.

De *Santa Lujuria* quiero recalcar la presencia del humor, prácticamente desalojado de nuestra celeberrima “narrativa de los noventa”, y aclaro, estoy hablando de verdadero humor, no de pujos o banales chistes que salpicaron algunos textos.

Con *El harén de Oviedo*, Marta Rojas transita nuevamente por el camino que ha elegido y establece un diálogo entre el

¹ *Santa Lujuria* traducida al inglés por Linda Jerome, en proceso de edición en EE.UU.

.....

Autores hay que no se han dejado deslumbrar por los cantos de sirena de “representantes” ni “buscadores de talento” y han resistido el embate siguiendo su íntima voz interior, sin ceder, algunos escribiendo obras excelentes, otros rumiando hasta volver a encontrar el rumbo.

.....

pasado y el presente, entretejiendo la intriga en una textura histórica. Con esta novela, presentada en la última Feria del Libro de La Habana, la autora alcanza una madurez narrativa que se nota sobre todo en el control sobre el lenguaje.

Publicada en el año 2003 completa esa trilogía que quizás continúe en futuras novelas. Prefiero hacer una perífrasis para decir que esta novela parte de un suceso histórico concreto y conforma a su alrededor un mundo ficcional bien avituallado epocalmente. La anécdota es, efectivamente, histórica: un harén en Cuba. Y gozosamente novelesca. Enriqueta, la principal protagonista surge de un personaje real, al igual que su padre, don Esteban Santa Cruz de Oviedo, asombroso señor de un serrallo de esclavas en el siglo XIX cubano. Sus descendientes, hijos naturales de este señor, a medio camino entre un padre amoroso y un fachendoso terrateniente con ínfulas de sultán, deciden reclamar sus derechos de herencia capitaneados por la orgullosa primogénita. Dividida en cuatro partes la novela narra, tomando como hilo central los avalares de los intrínquilos judiciales de la reclamación legal de los bastardos, la vida en el harén, los desprejuiciados acontecimientos amorosos de Enriqueta, sus estudios y refinamientos y hasta sucesos precisos de nues-

tra historia como la llamada “Conspiración de la escalera”. Marta Rojas sabe amueblar sus novelas. De manera natural conocemos las bebidas, las canciones, los ropajes, las comidas, todo con un verismo que no desdeña sensualidad e imaginación. Investigadora acuciosa imprime un tono de cotidianidad que elimina el encartonamiento de las malas (y aburridas) novelas históricas. La detallada recreación de atmósferas y una estructura que organiza bien el material recopilado son dos de las virtudes de esta novela. Así mismo el tratamiento del lenguaje. El lenguaje no se propone imitar los vocablos antiguos, fluye sencillamente, contando una historia, con ocasionales interferencias de un narrador que desde el presente juzga y comenta, a veces con humor. Lo relevante para mí es que la autora logra colocar al lector en aquel mundo. Los personajes se mueven vivos, son de carne y hueso y nos revelan emociones. Algunas partes se llenan de peculiar sentido e intensidad poco vistos de esa forma en la literatura cubana de los últimos años como el propio capítulo dedicado a la muerte de Oviedo.

Sin estridencias, *El harén de Oviedo* aborda desprejuiciadamente escabrosos asuntos. No le hizo falta a la autora atiborrar su texto de términos groseros para contar hechos

ordinarios que pueden suceder en la narración, ni tampoco peca de puritanismos, Algunos fragmentos dan buena fe de ello cuando con ironía y humor se refiere al miembro viril ya caído en desgracia de Oviedo de esta manera: «bastaba ver su pez aunque apático e incompetente». Disfruto los rebuscamientos, nada mojigatos por cierto, de Marta Rojas para la narración de sus escenas de sexo. Ay, me preguntaba, en otras lecturas “de los noventa”: ¿dónde están los dioses que inspiraron aquella bellísima página de Julio Cortázar en que se narra un acto sexual todo con sugerentes palabras inventadas? ¿O el tremendo «Capítulo ocho» de Lezama? Entre otras muchas cosas, la literatura es que cuando el lector se pregunte al encontrar la palabra «fin» (si ha esperado hasta ahí para interrogarse) qué me ha dejado esta novela (o este cuento)

tenga una respuesta, una inquietud, simple o compleja, pero una huella, un trazado, algo que ha debido quedar en el espíritu (por llamarlo de alguna forma).

En *El harén de Oviedo* se sigue la vida de una mujer que, a pesar de tenerlo todo en contra, decide tomar las riendas de su destino. Por suerte, esta es sólo una de sus lecturas posibles, uno sólo de los trazados que deja. En más de quinientas páginas va creciendo la intriga: ¿ganaran la pelea por la herencia estos hijos naturales capitaneados por Enriqueta?

Eso es algo, más bien lo primero, que le pido a una novela: que me haga querer llegar hasta el final. En *El harén de Oviedo* tuve interés, emoción, sensaciones y la conciencia de que Enriqueta no se dio por vencida. No, no nos demos por vencidos.

